Estereotipo social y refrán

FUENSANTA SERRANO VIVERO
Universidad de Murcia

1. INTRODUCCIÓN

Dos comparaciones, a mi modo de ver, definirían bien qué y cómo es un refrán.

En primer lugar, comparemos el refrán con un licor. Imagínense una copa de mistela, un licor del pueblo. El refrán nace del gran zumo de la vida, de ese cúmulo inmenso de diversas experiencias y posibilidades. Y el refrán, como el licor, está destilado, fermentado y concentrado: destilado, a partir de la experiencia colectiva y popular; fermentado, enriquecido y aliñado con humor, ironía, exageración, morbo e impertinencia; concentrado, pues, tras su sencillez excesiva y su concisión esconde una enorme profundidad de pensamiento que permite añadir, primordialmente al acto conversacional, un determinado matiz de reflexión y filosofía que no cae en la pedantería, pues los refranes son modismos, de estructura fija, por lo que no se merma la velocidad del discurso. Y, prácticamente, se podría desarrollar un extenso diálogo completo, provisto de sentido, únicamente con refranes.

En segundo lugar, compararé el refrán con un niño huérfano, nacido en la calle y criado por todos. Niño que nada calla. Indiscreto y sincero. Como el niño es un desinhibidor en la vida, así el refrán actúa de desinhibidor en la lengua. Reniega de tabúes e hipocresías, de circunloquios y eufemismos; al igual que esos adolescentes pícaros retratados en nuestra literatura: personajes como el Lazarillo, Rinconete o Cortadillo. Niños jóvenes en edad, de donde brota esa falta de prejucios morales y condicionamientos sociales, pero viejos de siglos en sabiduría y desenvoltura cotidianas.

Mi trabajo ha consistido en extraer algunos de los múltiples estereotipos forjados en el refranero, tomando fuente de conculta el *Refranero* de J. Bergua (1992. Madrid: Ediciones Ibéricas). Esos arquetipos pueden no ser un reflejo fiel de la realidad, cual si fuese un espejo, sino una visión totalmente subjetiva e interesada, por el mero hecho de ser una creación humana.

Antes de acometer el tema que ha dado título y contenido a mi texto, quisiera señalar el carácter marcadamente malévolo del refranero. Recordemos a ese niño descarado y tunante. El refrán sigue las pautas que él mismo se dicta y se inclina a pensar mal para acertar. Por esto observará el lector, en lo que sigue, que los estereotipos se ven conformados por rasgos esencialmente negativos.

2. ESTEREOTIPO DE LA MUJER

Tras esta sucinta introducción, perfilaremos el modelo establecido para la mujer. La visión de la mujer se escinde y se dibuja por separado para múltiples condiciones sociales y estados civiles.

Pero, incluso así, podemos compendiar unos valores constantes atribuidos. En numerosas ocasiones se oponen los rasgos conferidos a la mujer y al hombre. Así hallamos un carácter femenino marcadamente pasivo enfrentado al activo masculino: *La hija al huso, y el hijo, al escudo.* La mujer queda recluida tras los muros domésticos, destinada a ser esposa y madre.

De la lectura de aquellos refranes dedicados a la mujer se desprende la idea de una inmadurez e inconstancia (*Mujer, viento y ventura, pronto se mudan*), o de despreocupación y superficialidad (*No es nada, que matan a mi marido*). Frivolidad que se acentúa cuando su condición económica es desahogada (*Viuda rica, con un ojo llora y con otro repica*), al tiempo que cobra autoridad (*En casa de mujer rica, ella manda y ella grita*). Aunque siempre queda supervisada por el marido del que pasó a formar parte al casarse (*Hija desposada, hija enajenada*), porque *Al caballo y a la mujer, al ojo se han de tener.*

Aun desde el principio, y sin justificación aparente, la figura de la mujer se tinta de connotaciones negativas: *Parto largo y parto malo, hija al cabo.*

Frente a esto, un número muy reducido de dichos retratan a una mujer inteligente y astuta: *Mi marido va a la mar, chirlos mirlos va a buscar; El consejo de la mujer es poco, y el que no lo toma un loco.* Aunque siempre referidos al ámbito familiar.

3. ESTEREOTIPO MASCULINO

No abundan los refranes caracterizadores del estereotipo masculino. Los hombres son estudiados según su profesión, o sus actitudes y circunstancias particulares, pero casi nunca desde una perspectiva general. Dichos populares relacionados con el hombre son: *Hombre prevenido vale por dos; Guárdate de hombre que no habla y de can que no ladra.*

Resulta difícil encontrar algunos refranes que aporten datos negativos acerca del varón: *No son hombres todos los que mean a la pared, porque el perro mea también; Pedir a los hombres veras es pedir al olmo peras.* No obstante, es muy frecuente hallar un tipo de refrán que no hace aseveraciones sino que ofrece consejos sobre posibles comportamientos provechosos de cara a la vida o al mundo laboral. Este motivo induce a pensar que, si bien hoy son de utilidad *unisex*, en su origen debieron de estar vinculados a una población masculina: *Piensa, di, y haz aprisa", "Ni hagas cohecho ni pierdas derecho.* Esto trae a colación un problema con el que nos hemos encontrado al realizar estos análisis. En ocasiones, por el uso que hace el español del morfema de género gramatical masculino cuando, en realidad, se refiere a ambos géneros, resulta difícil dilucidar si la intención del refrán es designar al sexo masculino y al femenino, o al masculino en exclusividad. Otras veces parece que tras una sentencia emitida por una voz femenina se esconde un rasgo fácilmemte extensible a ambos sexos: *Albricias, madre, pregonan a mi padre.*

La solución posible a las cuestiones manifiestas depende, en gran medida, de la lectura y la interpretación que cada individuo haga del refrán; así como la posición sincrónica o diacrónica que adopte, ya que el mismo refrán incita malignamente a hacer dobles, y hasta triples lecturas, leyendo entre líneas o, mejor dicho, entre palabras. Y ello a pesar de que luego, en su misma línea de juego, se disculpe arguyendo que *No hay palabra mal dicha si no fuese mal entendida.*

Por los motivos que acabamos de exponer es posible que, eventualmente, el lector disienta de estas opiniones, pero hemos de decir que en el método de análisis utilizado se ha preferido pensar que si se adoptaba una forma o un estilo masculino con preferencia al femenino, o al contrario, era por algún motivo, al menos inicial, y aunque, hoy día, posiblemente no apreciemos el matiz diferenciador, no creemos que los géneros gramaticales se otorgasen casualmente a los refranes, sino causalmente. No olvidemos que los refranes poseen una gran antigüedad cronológica.

4. EL UNIVERSO FAMILIAR

El título de este punto de la ponencia -"El universo familiar"-, ha sido adoptado al pensar que resultaba bastante significativo, ya que son muchos los dichos populares que giran en torno a esta

institución, tejiendo una compleja trama donde los miembros familiares son estudiados.

Hagamos, seguidamente, un estudio expansivo desde el núcleo familiar más primordial hasta la lejana figura ambivalente del pariente. Pero antes, cabe señalar la aparición de un fenómeno lingüístico y literario importante en los refranes referentes a la entidad familiar. Hablamos del uso del perspectivismo, que confiere una complejidad y riqueza mayores al refranero.

4.1. Los progenitores

La presencia de refranes que aportan juicios vertidos por elementos familiares sobre otros elementos familiares, hace necesario no sólo hablar del arquetipo del padre, sino del arquetipo del padre según el punto de vista de los hijos. Así pudimos advertir que la opinión que el padre les merece a los hijos es nefasta. Casi en exclusividad los refranes que hablan mal del padre son emitidos por supuestos hijos: *A mi padre llaman hogaza, y yo me muero de hambre.* Opuestamente, los refranes laudatorios son afirmaciones en las que no conocemos el enunciador: *Un padre para cien hijos y no cien hijos para un padre.* Esto lleva a la conclusión de que el perspectivismo en el refranero restringe y subjetiviza la figura negativa del padre.

Ocurre lo mismo con el concepto que al padre le merece la madre, a la cual tacha abiertamente de "enemigo" y antagonista en el hogar: *El perro, mi amigo, la mujer, mi enemigo y el hijo, mi señor.* Aunque el caso aquí es diferente, pues aun cuando el enunciador es neutro, llamémoslo así, prevalece la idea de: *Tres hijas y una madre, cuatro diablos para un padre.*

En el siguiente, quede expuesta la visión del matrimonio por parte del refranero para la mujer: *Madre, ¿qué cosa es casar? Hija: hilar, parir y llorar.* A la mujer casada, para demostrar su valía como tal, se le hace indispendable parir. La madre se convierte en dominadora absoluta del interior del hogar: *El pie en la cuna, las manos en la rueca, hila tu tela y cría tu hijuela.* Mientras, el padre labra el porvenir de los hijos y mantiene el monopolio de las tareas familiares, que comienzan de la puerta del hogar para afuera: *Casa de padre, olivar de abuelo, viña de bisabuelo.* Otro detalle caracterizador de las relaciones conyugales en el refranero es la duda que continuamente alberga el marido sobre la fidelidad por parte de su mujer. Aquí vuelve a aparecer de nuevo, la cuestión de la perspectiva: *Si es mi hijo o no es mi hijo, yo pagué el bautizo.*

En general, la madre se destaca por su diligencia en el hogar; muchos refranes insisten sobre esta idea, tanta disposición que llega a malcriar a la hija que se vuelve holgazana: *Madre piadosa, saca hija merdosa.*

El carácter maternal se refleja más débil y maleable que el paterno, lo cual deriva en una incapacidad, por parte de la madre para educar a sus hijos o hijas rectamente. El refranero incide en que los padres, con su ejemplo, son el modelo primordial que siguen los hijos: *A uso de iglesia catedral, cual fueron los padres los hijos serán.* Y, concretamente, la madre es paradigma de la hija: *La cabra va por la viña, como hace la madre hace la hija.* Sin embargo, el refranero también deja suficientemente claro que sin la figura del padre el hijo se tuerce irremediablemente: *Hijos sin padre, caros son de balde.* Igualmente evidencia como la hija, a cargo de la madre por afinidad, cuando alcanza la juventud y ya es doncella cobra protagonismo en el refranero para burlarse de su anciana madre con respecto al tema amoroso: *Piensa mi madre que me tiene muy guardada y otro dame cantonada.* De este modo, la joven aparece como pilluela y descarada, en vivo contraste generacional con su madre que actúa, en vano, de carabina y privadora, porque *Para la que quiere ser mala, poco aprovecha la guarda.*

Se puede decir que de la persona de la madre se desprende un amor generoso e incondicional hacia sus hijos que lleva al refranero a opinar que *Quien tiene madre, muérasele tarde.*

4.2. Los hijos

Los hijos constituyen para sus padres una fuente inagotable de problemas y preocupaciones que incluso perdura cuando ya son mayores: *Mis hijos criados, mis duelos doblados.*

El rasgo diferenciador y constante más importante entre padres e hijos, es la ingratitud de los segundos para con sus progenitores: *Los padres a yugadas y los hijos a pulgaradas*. Los dichos populares presentan a los hijos como irresponsables y dilapidadores de la fortuna familiar: *A padre guardador, hijo gastador*. Esto vuelve a reflejar las diferencias generacionales y los conflictos y disensiones que generan.

Debemos apuntar que no reciben el mismo tratamiento el arquetipo social adjudicado al hijo y a la hija: el hijo recibe un mayor miramiento y cuidado, pues es un miembro familiar productivo y práctico; la hija, por el contrario, es una boca más que con el tiempo se convierte en una carga; por lo tanto, la única expectativa que le queda, a ella y a la familia, es el matrimonio. Casamiento que el padre desea deseperadamente: *Por casar tus hijas promete casas y viñas*. Ilustremos lo dicho: *La hija a quien la pidiere; el hijo se ha de mirar a quién se ha de dar*. Igualmente resulta revelador que existan los refranes *Para quien es padre, bástale madre* y *Para quien es mi hija, basta mi yerno*, y que no exista, sin embargo, ningún refrán que diga *"Para quien es mi hijo, basta mi nuera".

4.3. Otras figuras familiares

El refranero, por su naturaleza castiza, siente la fuerza de la sangre y la familia. Por eso aconseja que *En gran peligro, mejor es el hermano que el amigo*.

Las figuras del abuelo y el viejo son tratadas con especial respeto por los refranes. La persona de mayor edad suele ser sabia, ya que la vejez aporta conocimiento: *Del viejo, el consejo*. El abuelo se siente vinculado al personaje del nieto, por el que experimenta verdadero cariño: *Quien no sabe de abuelo, no sabe de bueno* y *Quien no tiene abuela, no sabe lo que es cosa buena*. Pero este amor no es recíproco, ya que *Eso da el nieto al abuelo: lo que no es bueno*.

A propósito del nieto podemos incluir el tratamiento del niño, quien adolece de ingenuidad (*El perro y el niño, donde ven cariño*), y de franqueza (*Niños y locos dicen las verdades*).

El refranero dedica una cantidad menor de refranes a aquellos personajes familiares más lejanos: tíos y primos. El trato y la relación se va espaciando, por lo que dice el dicho: *Más vale buen vecino, que pariente ni primo*.

4.4. La familia política

Si hallamos una verdadera fisión en el conjunto de refranes familiares, ésta se encuentra entre aquellos refranes asociados a la familia natural y aquellos vinculados a la política.

El refranero se vuelve más injurioso y mordaz, y se pone al servicio de unos y otros familiares políticos en la incesante tarea de verter críticas.

Sin duda, la figura popularmente más conocida y más feroz es la de la suegra. Abiertamente detesta a la nuera con la que nunca logra ponerse de acuerdo: *Madre e hija caben en un camisa; suegra y nuera no caben en la tela*. Le reprocha su inexperiencia: *Arremangóse mi nuera y volcó en el fuego la caldera*, y su incapacidad: *Aquélla es mi nuera, la de los pabilones en la rueca; y aquélla es mi hija, la que bonito lo hila*. Siente una antipatía tan intensa que incluso se extiende a los nietos: *Al hijo de la hija, métele en la vedija; al de la nuera, dale del pan y échale fuera*.

Frente a esta actitud por parte de la suegra la nuera tampoco se queda corta ni callada: *Aquélla es bien casada, que no tiene suegra ni cuñada* y *Amores de suegra, halagos de gata*. Pero la enemistad se extiende también a la figura de la cuñada que, aliándose con su madre, se opone a la advenediza. De ahí que la relación entre cuñadas y cuñados sea tan accidentada que incluso se emplee el término negativo *acuñar* ("meter cuñas", que, en sentido figurado, podría ser "molestar"): *Al cuñado acuñarle, y al hermano ayudarle*. Surgen, a este respecto, refranes tan exagerados como *Una cuñada tengo allende el mar; de allá me viene todo el mal*, o tan violentos como *Los cuñados son sangre atravesada y desvenada*.

Realizado este estudio hemos comprobado que las asociaciones se realizan, generalmente, por parejas del mismo sexo. Así, padre-hijo, suegro-yerno, cuñados... Y, por otra parte, madre-hija, suegra-nuera, cuñadas...

De este modo se puede ver cómo, mientras la suegra en las paremias se abstiene de comentar algo acerca del yerno, es de los labios del suegro desde donde brotan las lamentaciones sobre la conducta de su hijo político, el cual ofrece a su suegro una amistad que no es más que hipocresía e interés: *Amistad de yerno, sol de invierno*, ya que el yerno se introduce fácilmente en el seno familiar de la esposa, aprovechándose de lo que éste le pueda aportar: *Convida a tu yerno a gallina, que él llevará la lima; Saco de yerno, nunca es lleno.* Por todo esto el suegro concluye que *No dure más mi yerno que cuartanas en invierno.* Pero el yerno, a su vez, opina que *No hay dinero de suegro que no sea con pleito*; es decir, que es un avaro, por lo que maldice: *El cochino y el suegro, quiérale muerto.*

Finalmente, y para concluir esta pequeña disertación sobre el estereotipo familiar, se puede analizar al pariente como una persona con la que se comparte algún remoto vínculo familiar: según el refranero, el pariente sólo acarrea molestias y niega siempre su ayuda en momentos cruciales; por eso aconseja que *Parientes y trastos viejos, pocos y lejos.*

5. LA PROFESIÓN Y LA PERSONA

Los dichos relacionados con el campo laboral son tan abundantes como los dedicados a la familia. De los refranes que tienen como protagonistas a personas dedicadas a la curación, bien sean médicos o boticarios, se extrae una idea de antipatía: tipos desagradables que aparecen en nuestra vida cuando precisamente no estamos para bromas. Por eso aconseja el refrán que lo mejor que puede hacer una persona cuando la salud le acompaña es despreciar al médico (*Buena orina y buen color y tres higas al doctor*), y, si en todo caso precisa sus servicios, ha de optar por uno anciano (pues, *Todo médico nuevo hincha el cementerio*). Además de estas consideraciones, curioso resulta el razonamiento de que si el médico sana no tiene mérito, pues quien sana es Dios; pero si el médico yerra y el enfermo muere, recae sobre el médico toda la responsabilidad y su maestría queda en entredicho.

Con respecto al boticario, muy elocuente resulta el refrán *Como pedrada en ojo de boticario* que decimos cuando algo es muy adecuado para un propósito. Tampoco están especialmente bien vistas las profesiones relacionadas con la justicia. Se hace hincapié en la corrupción interna a la que tienden los cargos políticos (*En Malagón, en cada casa un ladrón; y en la del alcalde, hijo y padre*), así como en el enriquecimiento que alcanza incluso a los familiares (*Quien tiene el padre alcalde no espere que le falte*). Refranes como *No hagas nada, alcalde, sino ir a otra parte* o *Rebuznaron en balde el uno y el otro alcalde*, muestran el desdén infinito hacia este personaje.

En algunos refranes se dan cita una serie de profesionales de los que, sin embargo, no se puede extraer un estereotipo sólidamente formado. Son profesiones como tabernero, molinero, hortelano, panadera y obrero, en las que lo más perceptible es una indiferencia por parte del refrán, casi sin saña ni crítica. Por lo general son gentes más o menos humildes, dedicadas a sus tareas. Más se perfila la figura del mercader o vendedor. Se retrata a un individuo astuto y embaucador, sin prejuicios morales, en refranes como: *Hacer orejas de mercader* o *Ser mercader más va en el cobrar que en el vender.* El único objetivo del mercader es enriquecerse, porque *Mercader que su trato no entienda, cierra la tienda.*

El maestro parece gozar de una singular simpatía en el refranero. Ejemplo de ello son la aparición de diminutivos como *Cada maestrillo tiene su librillo* o bonitas comparaciones como *Manos de maestro son ungüento.* El término maestro se yergue como paradigma del saber en cualquier orden de la vida o como instructor: *El mejor maestro es el tiempo y la mejor maestra la experiencia.* Existe una peculiar contraposición entre las figuras del cazador y el pescador. Mientras que la caza aparece como una actividad fructífera, la pesca -y en concreto la pesca con caña- lo hace como todo lo contrario. Por ello el *Pescador de anzuelo a casa va con duelo*, al

tiempo que *Sed de cazador y hambre de pescador.*

Para finalizar, existen una serie de profesiones en las que, en opinión del refranero, es realmente importante la juventud o vejez del profesional, según cobre importancia la experiencia en el oficio o las innovaciones técnicas y entereza de facultades físicas. De esta manera, el alcalde, el tabernero, el médico y el confesor, preferiblemente, han de ser viejos; por el contrario, el escribano, la puta y el barbero han de ser jóvenes.

6. LOS EMISARIOS DE LA IGLESIA

Adentrándonos en la caracterización que sobre el conjunto eclesiástico ofrece el refranero, se puede decir que, en general, los rasgos atribuidos a los miembros de este sector social son peyorativos o despectivos.

Tras el estudio de un número importante de refranes referidos al clero, se observa que un mismo refrán se repite con diferentes versiones: *El abad y el gorrión, dos malas aves son; Clérigos, frailes y pardales son malas aves; Monjas y frailes y pájaros pardales, no hay peores aves.* Es esta una prueba muy locuaz de lo que es el estereotipo de estos grupos sociales: sobre una base común negativa se van perfilando posteriormente distintas características para cada tipo de clérigo. La susodicha base común es el incumplimiento de sus votos, su inclusión constante en el pecado y su inseguridad religiosa, lo cual afecta a todos los cargos eclesiásticos, desde los más altos hasta los más humildes. Así, la figura del abad resulta ímproba, inclinada a la gula y avara (*Abad avariento, por un bodigo pierde ciento*), excepto con su concubina con la que infringe abiertamente su voto de castidad (*A la moza del abad nunca le ha de faltar*).

El fraile también participa de todos estos aspectos, como lo demuestran estos ejemplos: *Anda el fraile con mesura, cada noche con la suya; Fraile que su regla guarda, toma todo y no da nada.* Pero, además, al fraile se le añade un matiz más: una cierta tendencia a la beodez: *Fraile cucarro, deja la misa y vase al jarro.* Tampoco el estereotipo de la monja se escapa de las características pertinentes: egoísmo y avaricia (*El polluelo del labrador y el bizcocho de la monja, traen costa*).

Al cura se le suma una inclinación más acusada a la intromisión: *Vivir enfrente del cura no es cordura*; a la par que una acentuación del carácter seductor y mujeriego: *Ni por lumbre a casa del cura va la moza segura.* Con respecto a los altos cargos eclesiásticos (obispos, cardenales, papas...) se agudiza su opulenta riqueza y su, también opulenta, ruindad. De modo que el refranero sintetiza diciendo: *Más querría mis tierras cagadas de culo de oveja en redil y aprisco, que saludadas por mano de obispo.*

Por último, el modelo del beato, del riguroso practicante de los oficios religiosos, queda definido y establecido por el rasgo de la hipocresía: *Beata con devoción, las tocas bajas y el rabo ladrón; Cara de beato y uñas de gato.*

Después de todo lo dicho, el refranero termina aconsejando que *Ni fraile por amigo, ni clérigo por vecino*, de igual modo que *Sin clérigo y palomar tendrás limpio tu hogar.* Es decir, que lo más adecuado es huir de los emisarios de la iglesia. Incluso encontramos algunos refranes singularmente violentos a este respecto: *Ladrillazo al fraile que le descalabre.*

7. OTROS ESTEREOTIPOS NO SOCIALES

El último apartado de esta ponencia ha sido llamado "Estereotipos no sociales", en tanto en cuanto no se refieren directamente a personas sino a diversos elementos de los que es posible -y consideramos acertado- extraer un modelo.

En primer lugar, encontramos una serie de refranes que nos dan una visión arquetípica de los lugareños o de los productos de una determinada población: *Perusino en Italia y Trujillano en España a todas naciones engaña*, donde se tacha de taimados y bribones a perusinos y trujillanos. Otros ejemplos a este respecto son: *Hijos de Madrid, uno bueno entre mil* o *Hijos de Sevilla, uno*

bueno por maravilla. También existen nombres de ciudades que se utilizan estereotípicamente como modelo prototípico de ciudad. Por ejemplo, los nombres de "Sevilla" y "Roma" aparecen repetidamente cada vez que se hace necesario citar una ciudad: *Quien tiene lengua a Roma va; En nombrando al rey de Roma, luego asoma; No se fundó Roma en una hora; Por todas partes se va a Roma; Quien fue a Sevilla perdió su silla; Aldeana es la gallina y cómela el de Sevilla; A quien Dios quiere bien, en Sevilla le dio de comer; y a quien Dios quiere mal, en Córdoba le dio un lugar.*

El estereotipo del amor también se adivina bastante consolidado. Nos ha parecido observar ciertas semejanzas entre algunos de los refranes de tipo amoroso y unos breves poemas antiquísimos, anteriores al siglo XI -las jarchas-, que constituyen la más antigua manifestación literaria de la Península y de la Romania, y que tuvieron su aparición y desarrollo en el reino hispano-árabe de Al-Andalus.

Estas jarchas son, fundamentalmente, unos versitos en los que, sobre todo, destaca su belleza, sencillez e intensidad de sentimientos, puestos en boca de una muchacha que, en ocasiones, se dirige a su madre. Notará el lector que refranes como los siguientes guardan ciertas afinidades con aquellas manifestaciones literarias: *Dice mi madre que olvide el amor, acábelo ella con el corazón; Por más que diga mi madre, quien bien quiere olvida tarde.*

Otras veces los refranes referidos al amor ya no son tan poéticos y tampoco son emitidos por la enamorada: *El enamorado y el pez, frescos han de ser; Piensan los enamorados que tienen los otros los ojos quebrados.* Por último, es posible rastrear en el refranero el hecho del desengaño amoroso: *Parecéis molinero, amor, y sois moledor.*